

A nuestros abuelos y bisabuelos.

*A quienes, tras una guerra civil injusta entre hermanos,
levantaron un país roto con sus manos, su silencio y su dignidad.*

*A quienes supieron que la patria no es gritarla, sino trabajarla,
cuidarla, compartirla.*

A ellos les debemos más que historia: les debemos ejemplo.

*Este libro es una promesa que les hacemos hoy a ellos, y mañana a
sus nietos: **no permitiremos que la historia se repita.***

Índice

Plan País

007	Prólogo. Del gasto al valor
009	Capítulo 1. El origen del problema: un país que no funciona
019	Capítulo 2. Las heridas invisibles: desigualdad, frustración y abandono
027	Capítulo 3. El país que madruga, lucha y paga... pero no puede más
035	Capítulo 4. Estado del Bienestar real: vivir, no sobrevivir
043	Capítulo 5. Infancia, juventud y futuro: sembrar hoy lo que será mañana
051	Capítulo 6. El nuevo Estado inteligente: menos gasto, más país
061	Capítulo 7. Economía inteligente: productividad y justicia social
069	Capítulo 8. Justicia rápida, derechos blindados y seguridad humana
077	Capítulo 9. Libertad, igualdad y educación como base de futuro
085	Capítulo 10. Vivienda, territorio y transporte: estés donde estés
093	Capítulo 11. Economía productiva, empleo digno y transformación real
101	Capítulo 12. Seguridad ciudadana, protección y convivencia real
109	Capítulo 13. Fiscalidad justa, digitalización del Estado y transparencia
117	Capítulo 14. Ciencia, innovación y soberanía tecnológica por el bien común
125	Capítulo 15. Juventud, talento y repoblación: el país que nace
133	Capítulo 16. Cultura, patrimonio y acceso universal al arte y la creación
141	Capítulo 17. Salud y bienestar animal: una nueva ética del cuidado
149	Capítulo 18. Deporte, salud y ocio público: derecho al disfrute compartido
157	Capítulo 19. Regeneración democrática: política con propósito
165	Capítulo 20. Ecología, futuro sostenible y defensa del territorio
173	Anexo I. Funcionamiento de la moneda digital Unidad
183	Anexo II. Capacidad financiera generada por el Plan País
193	Anexo III. Recuperación del rescate bancario y justicia financiera nacional
203	Anexo IV. Garantías de viabilidad y control del Plan País
213	Anexo V. Cuánto dinero puede recuperarse: estimación y hoja de ruta
223	Anexo VI. Viabilidad del modelo económico, institucional y operativo
231	Anexo VII. El Ejército del pueblo: defensa, honor y servicio en el nuevo país
241	Anexo VIII. España en el mundo: un país que inspira
251	Anexo IX. Programa Internacional Invest Spain
259	Anexo X. El mayor portal de transparencia del mundo: Clara
267	Bibliografía. Documentación al poder
273	Cartas finales I. A quienes dejaron de amar a España
275	Cartas finales II. A quienes hicieron grande a España
277	Epílogo. Carta al futuro

Prólogo

Del gasto al valor

Plan País: el libro que no abandona a nadie

Este libro no es una utopía. Tampoco una queja. No es un manifiesto ideológico, ni una promesa electoral.

Este libro es algo más simple y, a la vez, más ambicioso: **una hoja de ruta posible para cambiar un país que ya no puede esperar más.**

España no está perdida. Está bloqueada. Está confundida, cansada, empobrecida y dividida, pero no está rendida.

Sigue viva. Sigue esperando. **Y ha llegado el momento de actuar.**

El Plan País nace de una pregunta incómoda: ¿y si no somos el problema, sino la solución que aún no hemos probado?

¿Qué pasaría si reorganizáramos el Estado con lógica humana, si premiáramos la honestidad, si rescatáramos lo público sin destruir lo privado, si construyéramos sin gritar, si sumáramos sin excluir?

Este libro propone exactamente eso: **refundar España sin romperla, modernizarla sin venderla, unirla sin uniformarla.**

Propone ocho ministerios, una plataforma digital única, una justicia rápida, una economía fiscalmente inteligente, una nueva moneda nacional complementaria, una educación gratuita hasta la universidad y una política sin privilegios.

No te pedimos que creas. Te invitamos a leer. A entender. A discutir si quieres. A imaginar lo que harías tú con un país en las manos. Seguro que algo harías.

Este libro está escrito para ti. Para el autónomo que ya no puede más. Para la joven que se fue y quiere volver. Para el maestro, la médica, el panadero, la pensionista, el inmigrante que hoy también es español. Para quienes votaron una vez y dejaron de creer. Para quienes nunca votaron pero saben que esto no puede seguir así.

Cada página es una propuesta. Cada capítulo es un pilar. Cada palabra tiene un porqué.

No hay enemigos en este libro. Solo soluciones. No hay banderas partidistas. Con neutralidad. Sin ideologías. Solo sentido común. No hay rabia. Hay urgencia.

Así que pasa la página. Lee el primer capítulo. Hazlo aunque nunca hayas terminado un libro.

Hazlo aunque creas que ya nada puede cambiar. Porque este libro no es de quien lo escribe.

Este libro, si quieres, es tuyo.

El origen del problema: un país que no funciona

Capítulo 1. Porque ningún plan serio puede construirse sobre una mentira

Un país que no se reconoce ni se reconoce a sí mismo

España está herida, pero no es una herida visible. No es un corte que sangre en las portadas, ni una fractura que inmovilice a los titulares. Es una herida silenciosa, profunda, emocional. Es el dolor de no reconocerse, de caminar por un país que se parece al de tus padres pero que ya no funciona igual. Es el desconcierto de vivir en un lugar que aún conserva su belleza, su cultura, su carácter... pero ha perdido su reflejo. No es un país que se haya destruido. Es un país que se ha desdibujado.

Hoy España no se ve a sí misma como una nación de proyecto colectivo. Se ve como una suma de decepciones individuales. Un país lleno de talento desaprovechado, de jóvenes que no encuentran su sitio, de mayores que no comprenden en qué momento sus esfuerzos dejaron de contar. Y, sobre todo, un país donde la mayoría se ha acostumbrado a desconfiar. Del político. Del funcionario. Del sistema. De la posibilidad misma del cambio.

Porque lo más grave no es lo que ha pasado. Lo más grave es lo que hemos dejado de esperar. Se ha instalado una forma de resignación tan profunda que apenas se nota. Nadie se sorprende cuando una ambulancia tarda una hora. Nadie se escandaliza si un juez tarda tres años en dictar sentencia. Nadie se inmuta si un joven con dos carreras reparte comida en bici, o si un abuelo vive con 600 euros en un barrio sin médico. Todo eso se acepta. Se integra. Se normaliza.

Y así, sin darnos cuenta, nos hemos convertido en una ciudadanía herida. Herida de tanto callar. De tanto adaptarse. De tanto decir “es lo que hay”. Pero España no nació para eso. No somos un país resignado. Somos un país que ha demostrado coraje, ingenio y capacidad de superación. Lo que falta no es voluntad ciudadana. Lo que falta es estructura, dirección, visión.

El Estado ha desaparecido de muchos lugares. De pueblos enteros, de barrios periféricos, de zonas industriales que ya no existen. Pero también ha desaparecido en otro sentido: ha dejado de estar en la vida real de las personas. Está en las pantallas, en los boletines, en los trámites. Pero no está cuando un niño necesita un logopeda. Cuando una familia busca escuela infantil. Cuando un autónomo se asfixia con cuotas imposibles. Cuando una madre sola cuida de sus padres y sus hijos a la vez, sin ayuda, sin red.

Y es ahí, en esa ausencia constante, donde nace esta herida nacional. España no se reconoce porque ha dejado de mirar de frente a su propia gente. Ha puesto el foco en las banderas, en las polémicas, en los gestos grandilocuentes. Pero ha olvidado lo esencial: el día a día de la gente. La vida común. La dignidad básica. Lo mínimo que uno debe poder esperar de su país.

Este bloque no busca crear alarma. Busca crear conciencia. Porque ningún plan serio puede construirse sobre una mentira. Y la mentira más grande es fingir que “todo va bien”. No. No va bien. Y no pasa nada por decirlo. Al contrario: solo cuando se reconoce el dolor se puede empezar a sanarlo.

Plan País nace con una ambición radical: volver a mirar a España a los ojos. A toda España. No la que grita en redes, sino la que madruga cada día. La que cuida. La que resiste. La que hace país sin pedir nada a cambio. A esa España hay que decirle la verdad: **el sistema ha fallado, pero no está todo perdido**. Porque aún queda algo que no han podido destruir: **la voluntad de quienes siguen aquí**. Y eso es lo que hace falta. Una nueva mirada. Un nuevo pacto emocional. Un nuevo comienzo. Y eso empieza ahora.

La política del parche y la deuda infinita

España ha sido durante demasiado tiempo un país gobernado a base de parches. Cada legislatura ha sido una sucesión de medidas reactivas, no estratégicas. Se ha gestionado el presente sin pensar en el mañana, como si el futuro fuera siempre problema de otro. No ha habido política de Estado, solo política de partido. Cada decisión se ha medido en votos, no en impacto. Y así, el país se ha llenado de remiendos, de reformas a medias, de promesas incumplidas y de leyes que se cambian antes de aplicarse.

La deuda no ha sido solo económica. Ha sido moral. Una deuda con los jóvenes a los que se les prometió que estudiar garantizaba un empleo digno. Con los mayores a los que se les dijo que la pensión sería intocable. Con los autónomos que creyeron que el emprendimiento era un camino de libertad. Con las mujeres que siguen esperando igualdad real. Con las familias que confiaron en un Estado que se fue retirando poco a poco.

España ha acumulado más que deuda financiera: ha acumulado desconfianza. Y esa desconfianza no se mide en porcentajes. Se siente en la calle. En el silencio de los que ya no votan. En la rabia contenida de los que siguen pagando impuestos mientras ven que todo sigue igual. En la apatía de quienes ya no creen en nada. Porque cuando un país se gobierna a golpe de parche, lo que se rompe no es solo el presupuesto: es el vínculo entre ciudadanía y Estado.

La deuda pública ha superado los 1,5 billones de euros. Es una cifra tan descomunal que ha dejado de impresionar. Pero detrás de esa cifra hay una verdad innegable: **el Estado español gasta mucho, pero invierte poco**. Hay recursos, pero no hay planificación. Se reparten millones sin saber si se traducen en mejoras reales. Se crean nuevos organismos mientras se duplican estructuras. Se firman contratos sin seguimiento. Se lanzan planes sin objetivos medibles. Y todo eso lo pagamos entre todos.

Los parches no son solo una forma de gobernar. Son una forma de evitar asumir responsabilidades. Cuando algo no funciona, se lanza un bono. Cuando hay malestar, se crea una ayuda. Cuando estalla una crisis, se improvisa una medida fiscal. Y así se va gobernando a ciegas. Como si el país fuera una barca remendada que va a la deriva. El problema es que cada parche tapa un agujero, pero agranda el desgaste general. Lo que falta es estructura. Visión. Valor para hacer lo que no da rédito inmediato, pero sí funciona.

El Plan País nace precisamente para romper con esa lógica del remiendo. No queremos más parches: queremos reconstrucción. No medidas de alivio temporal, sino reformas estructurales. No maquillaje presupuestario, sino cirugía estratégica. Porque un país no puede vivir eternamente del crédito externo, de la improvisación interna y del agotamiento ciudadano. España necesita volver a ser un proyecto. Y un proyecto no se construye con parches. Se construye con un plan.

El país del “no se puede”

Hay una frase que, sin darnos cuenta, se ha instalado como un virus en la conciencia colectiva española: “eso aquí no se puede hacer”. Se dice en los bares, en las oficinas, en los colegios, en los plenos municipales, en las ventanillas de la administración. No es solo una excusa. Es una cultura. Una forma de renuncia camuflada de realismo. El “no se puede” es el mayor obstáculo que tiene España para avanzar. Más que la deuda, más que la burocracia, más que la corrupción.

Lo más preocupante es que esta mentalidad no surge de la nada. Es el fruto de años de frustraciones, de promesas incumplidas, de reformas anunciadas y nunca aplicadas. El ciudadano medio ha visto pasar generaciones de políticos que le dijeron que todo era posible... para luego demostrar que nada era real. Así nace la resignación. Y cuando esa resignación se institucionaliza, cuando se convierte en hábito, el país entra en parálisis.

“Eso aquí no se puede hacer” justifica que los trenes no lleguen a los pueblos, que las listas de espera se disparen, que los jóvenes se vayan, que el autónomo se hunda. Es la frase que justifica que nada cambie. Que lo urgente tape a lo importante. Que lo mediocre sea aceptado porque lo excelente parece un sueño ingenuo. El problema no es que no podamos. Es que no lo intentamos.

España no es un país incapaz. Todo lo contrario. Tiene uno de los pueblos más resilientes, creativos, trabajadores y valientes del mundo. Lo ha demostrado una y otra vez en su historia. Pero se le ha hecho creer que no puede. Se ha convertido la queja en identidad. El miedo en herramienta de gobierno. La conformidad en modo de supervivencia. Y eso no es un defecto cultural: es una estrategia política sostenida durante décadas.

Cada vez que alguien propone un cambio profundo, la primera respuesta es una risa cínica. Luego viene la frase: “esto es España, aquí no se puede”. Pero sí se puede. Lo que no se puede es seguir igual. Porque lo que no se transforma, se degrada. Lo que no se renueva, se pudre. Y lo que no se cree posible, jamás se construye.

Plan País nace como un acto de insumisión contra esa lógica del “no se puede”. No desde la ingenuidad, sino desde el conocimiento profundo de lo que sí es posible hacer con voluntad política, inteligencia estratégica y compromiso real. No es un plan para prometer milagros, es un plan para demostrar que, con estructura, con decisión y con una ciudadanía implicada, sí se puede.

Este país necesita volver a creer que puede. Que es capaz. Que lo que otros países han logrado, también nosotros podemos lograrlo. Pero para eso hay que desterrar esa frase de nuestras instituciones, de nuestros discursos, de nuestras mentes. Porque mientras sigamos repitiendo que no se puede, seguiremos sin hacerlo.

Radiografía de lo que no funciona

A veces, para entender la magnitud de un problema, basta con describirlo sin adornos. Hacer una radiografía sin filtros. No para hundirse en la queja, sino para tomar conciencia de lo que hay que cambiar. En España, las piezas del sistema existen, pero muchas no encajan. Otras están rotas. Y algunas simplemente han dejado de estar al servicio de quienes más las necesitan.

Empecemos por la educación. España ha convertido su sistema educativo en una maquinaria que produce abandono escolar, frustración juvenil y desorientación profesional. Se siguen evaluando memorias, no ideas. Se enseñan contenidos obsoletos mientras se ignoran habilidades clave. Se confunde inclusión con bajar el nivel. Y el resultado es una generación que sabe aprobar, pero no sabe afrontar. Que ha aprendido a repetir, pero no a pensar. Que no encuentra su lugar en un mundo laboral para el que nadie le preparó.

La sanidad pública, joya del Estado de Bienestar, sobrevive gracias a la vocación de sus profesionales. Pero está colapsada. No por falta de talento, sino por abandono estructural. Faltan médicos, medios y voluntad política. Se recorta en lo esencial mientras se gasta en lo accesorio. Y la consecuencia es un sistema que tarda meses en atender, que funciona a base de urgencias, que agota a sus profesionales y desespera a sus pacientes.

La vivienda es otro gran fracaso colectivo. Se ha permitido que un bien básico se convierta en un activo especulativo. Los precios suben sin lógica. La oferta pública es ridícula. Las ayudas no alcanzan. Y los jóvenes viven de alquiler eterno, sin posibilidad de emancipación. Se ha roto el pacto generacional: quien trabaja no puede acceder a un hogar digno. Y eso es inaceptable.

La justicia es lenta, desigual y poco accesible. Hay ciudadanos de primera y de segunda ante los tribunales. Los procedimientos se eternizan. La ley no es igual para todos. El poder judicial, politizado, ha dejado de generar confianza. Y mientras tanto, miles de personas esperan años para una sentencia. Años que no se recuperan. Años que destruyen vidas, familias, empresas. Todo.

La administración pública se ha convertido en una selva burocrática. El ciudadano es tratado como sospechoso. Las gestiones son lentas, opacas y poco humanas. Las tecnologías que deberían facilitar todo, a veces lo complican más. Y lo más grave: hay duplicidades, despilfarros, instituciones que no sirven y organismos que solo existen para justificar cargos. El Estado ha crecido en estructura, pero no en utilidad.

La economía sumergida consume más del 20% del PIB. Millones de euros circulan fuera del sistema, sin aportar, sin proteger. No por malicia, sino por desconfianza. Porque ser legal en España, para muchos, sale caro. Porque se castiga la transparencia y se premia la picardía. Porque declarar lo que se gana puede significar perder lo que se tiene.

La despoblación rural avanza como un cáncer silencioso. Cada día cierran escuelas, centros de salud, líneas de transporte. Cada día alguien se va porque ya no queda nada. Y el Estado sigue ausente. Como si esos pueblos no formaran parte del país. Como si la España real fuera solo la de los ministerios.

Y podríamos seguir: transporte descoordinado, redes ferroviarias olvidadas, dependencia sin cobertura, cultura sin recursos, ciencia sin inversión, juventud sin futuro. Todo está conectado. Todo forma parte de una misma radiografía: un sistema que no funciona porque no se ha querido rediseñar.

Este bloque no es un acto de pesimismo. Es un ejercicio de verdad. Porque solo quien se atreve a diagnosticar con precisión puede proponer una cura. Plan País no niega lo que funciona. Lo protege. Pero pone nombre a todo lo que no funciona. Y lo hace no para destruir, sino para reconstruir desde la raíz.

El Estado fallido que nadie se atreve a nombrar

En España hay cosas que todos saben, pero casi nadie dice. Una de ellas es esta: el Estado, tal como está concebido, ha fracasado. No hablamos de una crisis puntual ni de un error corregible. Hablamos de una estructura que ha dejado de cumplir sus funciones básicas, especialmente para quienes más la necesitan. Un Estado que ya no garantiza la igualdad real, que no responde con eficacia, que no protege, que no escucha. Un Estado que, en demasiadas ocasiones, está... pero no está.

Decir que el Estado ha fracasado no es un gesto de antipolítica. Al contrario. Es el primer paso para reconstruirlo. Porque si seguimos fingiendo que todo sí que funciona, jamás habrá voluntad de transformación. No se trata de dinamitar lo público. Se trata de devolverle su sentido. De recordar que el Estado no es un fin en sí mismo. Es un instrumento. Un medio al servicio de las personas. Y cuando ese instrumento se convierte en una máquina opaca, ineficiente y clientelar, deja de cumplir su propósito.

La prueba más clara del fracaso estructural es el abandono. No solo en términos físicos —pueblos sin tren, barrios sin médico, oficinas cerradas— sino en términos emocionales. El abandono de quienes ya no se sienten parte de nada. De quienes han dejado de esperar justicia, ayuda, protección o equidad. Porque no llega. O llega tarde. O llega mal. Y cuando eso ocurre de forma sistemática, el Estado deja de ser Estado. Se convierte en una figura simbólica sin capacidad real de transformar la vida.

Hay muchas formas de definir un Estado fallido. La más clara es esta: cuando un ciudadano siente que está solo. Solo frente a la crisis. Solo frente a la enfermedad. Solo frente a la burocracia. Solo frente al abuso. Solo frente a un sistema que parece diseñado para sí mismo, no para quien lo sostiene con su trabajo y sus impuestos.

El Estado español se ha especializado en crear normas, no soluciones. En multiplicar cargos, no responsabilidades. En inaugurar centros, no en mantenerlos. En prometer derechos que luego no garantiza. En crear organismos que se solapan, se duplican y se esconden detrás de siglas incomprensibles. Todo eso no es eficiencia: es desorden con apariencia de legalidad. Y sin embargo, cada vez que alguien denuncia este modelo, se le acusa de querer destruir lo público. Nada más lejos. Lo que destruye lo público no es la crítica, es el abandono. Lo que lo deslegitima no es el que lo señala, es el que lo gestiona como si fuera un cortijo. Lo que lo pone en peligro no es el que exige eficacia, es el que defiende la inercia y el privilegio.

Plan País parte de una convicción profunda: **lo público puede ser ejemplar**. Puede ser más ágil que lo privado. Más humano. Más transparente. Más estratégico. Pero para eso hay que desmontar esta estructura enferma. No con recortes, sino con sentido. No con privatizaciones, sino con profesionalización. No con ajustes ciegos, sino con rediseño inteligente.

Este bloque no es un ajuste de cuentas. Es un grito de alerta. Porque si no asumimos que el Estado, tal como está, no funciona, seguiremos derramando recursos en una estructura que no resuelve. Y ese lujo ya no nos lo podemos permitir.

¿Quién nos trajo hasta aquí? ¿Y por qué nadie responde?

Una de las grandes heridas de este país es la impunidad. No la impunidad de unos pocos casos aislados, sino la impunidad sistémica. Esa sensación compartida de que, pase lo que pase, nadie responde. De que la responsabilidad política ha sido sustituida por el olvido estratégico. De que el error nunca tiene consecuencias. De que lo público se gestiona sin rostro, sin culpa, sin memoria.

¿Quién nos trajo hasta aquí? No es una pregunta retórica. Es una pregunta que la ciudadanía se hace todos los días. ¿Quién diseñó este modelo ineficiente? ¿Quién permitió que se degradara la sanidad? ¿Quién renunció a proteger a los pueblos? ¿Quién construyó aeropuertos sin aviones? ¿Quién firmó contratos ruinosos para el Estado? ¿Quién dejó que el sistema educativo olvidara el mérito? ¿Quién miró para otro lado cuando los servicios públicos se derrumbaban?

La respuesta no está en un nombre ni en un partido. Está en una forma de hacer política basada en la irresponsabilidad institucionalizada. En una cultura del poder sin consecuencias. En un sistema que ha confundido el cargo con el privilegio. Que ha convertido el paso por la administración en una carrera sin examen y sin evaluación. Y, sobre todo, en un país donde la memoria institucional ha sido sustituida por la rotación de eslógenes.

Ningún modelo democrático puede sobrevivir sin rendición de cuentas. Y en España esa rendición es inexistente. Se premia la lealtad interna antes que la competencia. Se oculta el fracaso bajo palabras técnicas. Se protege a los gestores ineficaces. Y, cuando todo estalla, se reparten culpas difusas hasta que el tema desaparece del foco mediático.

El ciudadano lo sabe. Y ese conocimiento silencioso es venenoso. Porque cuando la gente deja de creer que alguien va a pagar por lo que hace mal, deja de creer en la justicia. Y cuando deja de creer en la justicia, se vuelve indiferente. O furiosa. Y ambas reacciones son igual de peligrosas.

En España han desaparecido millones en corrupción, en mala gestión, en decisiones opacas. Pero nadie los ha devuelto. Nadie ha sido inhabilitado de por vida. Nadie ha ido a prisión por empobrecer una región entera. Y esa impunidad no es solo una ofensa al presente. Es una amenaza para el futuro. Porque mientras no haya consecuencias, todo se puede repetir.

Plan País plantea algo radical en su sencillez: que quien gestione mal lo público, responda. Que quien malverse, lo devuelva. Que quien robe, pague. Que quien legisle con negligencia, rinda cuentas. Porque no es venganza. Es justicia. Porque no es castigo. Es equilibrio. Porque no es ideología. Es lógica.

Este bloque es una llamada a la memoria. No para vivir en el pasado, sino para no repetirlo. Porque solo cuando un país pone nombre al daño, puede empezar a repararse de verdad.

No es ideología, es lógica

España lleva décadas atrapada en un falso dilema: o estás con unos, o estás con otros. O eres de izquierdas o de derechas. O defiendes lo público o defiendes la empresa. O crees en la redistribución o en el mérito. Pero todo eso es una trampa. Un marco diseñado para dividir, para simplificar, para reducir un país complejo a dos bandos previsibles. Y en medio de esa batalla de trincheras ideológicas, lo esencial ha quedado fuera.

La gente no quiere ideología. Quiere lógica. Quiere que si paga impuestos, haya servicios. Que si trabaja, progrese. Que si estudia, encuentre oportunidades. Que si se esfuerza, no sea castigada por un sistema que premia la picaresca y penaliza la honestidad. No se trata de izquierdas ni de derechas. Se trata de sentido común. De coherencia. De resultados.

Durante años, los partidos han convertido la ideología en escudo. Como si tener una etiqueta justificara todo. Como si decir “esto lo hacemos porque somos de tal color” fuera suficiente explicación. Pero la ciudadanía ya no compra eslógenes. Quiere eficacia. Transparencia. Compromiso real. Quiere saber que quien gestiona el país lo hace pensando en todos, no solo en su base electoral.

El Plan País no nace desde un dogma. Nace desde una evidencia: **España necesita orden, visión, justicia, honestidad y lógica institucional**. No hace falta inventar un nuevo sistema. Hace falta hacer funcionar el que ya tenemos. Y para eso no se requiere ideología. Se requiere voluntad. Talento. Método.

¿Tiene sentido que se mantengan organismos duplicados solo porque nadie se atreve a cerrarlos? ¿Tiene lógica que una pyme pague más impuestos proporcionales que una gran empresa con ingeniería fiscal? ¿Tiene coherencia que se hable de igualdad mientras los servicios públicos son radicalmente distintos según el territorio? ¿Tiene ética que se hable de progreso mientras se ignora a los mayores, a los dependientes, a los pueblos?

No. No la tiene. Y por eso decimos que esto no va de ideologías. Va de lógica. De aplicar principios básicos que cualquier persona entiende: el que lo hace bien, debe tener más oportunidades. El que roba, debe devolver lo robado. El Estado debe estar donde más se necesita. Las leyes deben cumplirse por todos, sin excepción. Y los recursos públicos deben gestionarse con la misma responsabilidad con la que una familia gestiona su hogar.

El verdadero cambio empieza cuando dejamos de votar eslóganes y empezamos a exigir soluciones. Cuando dejamos de aplaudir banderas y empezamos a evaluar resultados. Cuando dejamos de preguntar “de qué lado estás” y empezamos a preguntar “qué vas a hacer, cómo, cuándo y con qué impacto medible”.

Plan País quiere romper ese marco binario que tanto ha empobrecido el debate en España. No proponemos un color nuevo, proponemos una lógica nueva. Una manera de entender el país que parte de lo obvio: **el Estado está para servir, no para dividir**.

Este bloque es una invitación a salir del laberinto ideológico y entrar en el terreno de las soluciones reales. Porque los problemas de España no son de ideología. Son de diseño. Y por eso, su solución no vendrá de un dogma. Vendrá de un plan.

El hartazgo que se convirtió en silencio

Hay un ruido que lo envuelve todo, una tormenta permanente de declaraciones, debates, tertulias, tuits. Pero debajo de ese estruendo, España se ha ido llenando de silencio. No es un silencio pacífico. Es un silencio doloroso. El silencio del que ya no espera. Del que ya no cree. Del que ha dejado de hablar porque siente que nadie escucha.

Ese silencio no aparece en las encuestas, pero se nota. En los bares donde antes se discutía de política, y ahora solo se cambia de canal. En los jóvenes que prefieren marcharse antes que implicarse. En los mayores que bajan la mirada cuando recuerdan cómo eran las cosas. En las urnas que reciben cada vez más abstención, votos nulos o resignación camuflada de opción política.

El hartazgo no siempre se grita. A veces se calla. A veces se viste de ironía. De sarcasmo. De indiferencia. Y esa forma de cansancio es aún más peligrosa que el enfado. Porque el que se enfada aún cree que hay algo que cambiar. El que se calla, ya no. Y cuando un país se llena de ciudadanos silenciosos, ha entrado en una fase crítica.

Ese silencio se alimenta de promesas que no se cumplen, de reformas que no llegan, de escándalos que no se castigan, de titulares que se contradicen con la realidad. Se alimenta de ver cómo los problemas se repiten año tras año, década tras década, gobierno tras gobierno. Y se alimenta también de la teatralización constante de la política: de ver a los representantes más pendientes del aplauso de su partido que de las necesidades de su gente.

Pero ese silencio no es el final. Puede ser también el principio de algo. Puede ser el lugar donde germina una nueva forma de hacer país. Porque ese silencio también es una exigencia. Una demanda de respeto, de verdad, de humildad. Una forma de decir: “ya no creemos en vuestras palabras. Queremos hechos.”

Plan País nace en ese silencio. No para llenarlo de ruido nuevo, sino para escuchar lo que hay debajo. Para devolver la voz a quienes la perdieron. Para ofrecer una alternativa que no prometa milagros, pero sí cambios reales. Para decir: entendemos tu cansancio, pero aún es posible.

Este bloque no es una denuncia. Es un homenaje. A todos los que siguen aquí, callados, resistiendo, cuidando, construyendo. A todos los que han dejado de confiar, pero aún no se han rendido del todo. Porque ese es el público al que se dirige este libro. Porque ahí está la España real. La que no sale en los titulares, pero sostiene el país todos los días.

¿Y si todo esto fuera evitable?

Imagina por un momento que todo esto no fuera inevitable. Que no estamos condenados a repetir los mismos errores. Que el deterioro del Estado, la desigualdad creciente, la desconfianza, la precariedad, no son una maldición nacional. Imagina que el problema no es que España no pueda cambiar, sino que no ha querido hacerlo de verdad. Hasta ahora.

Durante años se ha instalado la narrativa del “esto es lo que hay”. Como si el país funcionara por inercia, como si las estructuras fueran intocables, como si los modelos heredados fueran sagrados. Pero esa narrativa es una mentira útil para quienes se benefician del sistema. No para quienes lo sufren. Porque lo cierto es que **sí se puede hacer otra cosa. Otra política. Otro país. Otro Estado. Otra economía. Otro futuro.**

Muchos países han hecho transformaciones profundas en poco tiempo. Han rediseñado su administración, han reorientado su economía, han recuperado territorios olvidados, han blindado derechos esenciales. No por arte de magia. No con discursos. Con planes. Con voluntad. Con un liderazgo colectivo que antepone el bien común al cálculo electoral. ¿Por qué España no iba a poder hacerlo también?

El problema no ha sido la falta de recursos. Ha sido la falta de criterio. Se ha gastado mucho y se ha invertido mal. Se han tomado decisiones políticas con una visión de cuatro años, nunca de veinte. Se ha gobernado para las encuestas, no para el país. Se ha preferido prometer antes que construir. Parchear antes que transformar.

Pero nada de eso es irreversible. Porque lo más valioso que tiene este país sigue intacto: **su gente**. El capital humano. El esfuerzo cotidiano. La creatividad. El talento. La solidaridad. La capacidad de adaptarse, de resistir, de levantarse. Si a todo eso se le suma un Estado que funcione, un sistema justo, una estructura moderna, el resultado es imparable.

Este bloque no es una utopía. Es un recordatorio. De que lo que hoy parece inviable, mañana puede ser norma. De que los países no cambian cuando todos están convencidos. Cambian cuando una minoría decidida plantea un plan tan lógico, tan justo y tan viable que termina arrastrando al resto.

¿Y si todo esto fuera evitable? ¿Y si bastara con repensar desde cero lo que hemos heredado? ¿Y si todo lo que duele, lo que frustra, lo que divide, se pudiera resolver desde una nueva arquitectura institucional, económica y social?

Plan País nace desde esa convicción. No es un deseo. Es una hoja de ruta. Y este capítulo es el prólogo. Porque lo que sigue no es un diagnóstico. Es una propuesta. Y cada bloque del libro será una respuesta concreta a esta pregunta: **¿y si sí se puede?**

Plan País: una grieta luminosa en el muro

Todo sistema tiene grietas. Momentos donde lo inmutable se vuelve frágil, donde lo establecido tiembla, donde la costumbre ya no basta. España está en uno de esos momentos. Pero no todas las grietas son una amenaza. Algunas son una oportunidad. Porque por las grietas entra la luz. Y eso es lo que representa el Plan País: una grieta luminosa en el muro de un sistema que ha dejado de funcionar.

Este capítulo ha sido el espejo. Ha mostrado el daño. Ha nombrado lo que muchos callan. Ha expuesto con crudeza el estado real del país. No para generar miedo, sino para invitar al coraje. Porque cuando un país se atreve a mirar su herida sin maquillaje, está listo para empezar a sanar.

Plan País no es un eslogan. No es una candidatura. No es un discurso. Es un plano. Una arquitectura institucional pensada para durar. Un nuevo contrato social entre ciudadanos y Estado. Una propuesta escrita con cabeza, pero también con corazón. Porque este país necesita orden, pero también necesita alma. Necesita rigor, pero también humanidad. Necesita números, pero también propósito.

El Plan no promete milagros. No va a resolver todo en 100 días. No pretende que desaparezcan los conflictos ni que el consenso sea permanente. Lo que propone es algo más realista y, al mismo tiempo, más ambicioso: **crear un sistema que funcione, gobierne quien gobierne**. Un modelo blindado frente a la mediocridad, a la corrupción, a la improvisación. Un Estado al servicio de la ciudadanía, no al servicio de sí mismo.

Cada capítulo que sigue en este libro será una pieza de ese plan. No hablamos de ideas sueltas. Hablamos de un proyecto sistémico. Un rediseño completo del modo en que entendemos el Estado, la economía, la justicia, la educación, la fiscalidad, el empleo, la vivienda, la política, el bienestar. Todo. Porque cambiar solo una parte es perpetuar el fallo. Y este país ya no puede permitirse más parches.

Plan País se apoya en un principio claro: **España no está rota, está mal gestionada**. No le faltan recursos. Le falta criterio. No le faltan talentos. Le falta visión. No le falta gente comprometida. Le falta una estructura que los escuche y les permita contribuir. Este bloque finaliza el primer capítulo con una certeza y una promesa. La certeza: **el país está a tiempo**. La promesa: **hay una hoja de ruta clara, viable y medible para reconstruir lo que no funciona y proteger lo que sí**.

Y esa hoja de ruta empieza aquí. Ahora. En estas páginas. Con el ciudadano como centro. Con la dignidad como base. Con el futuro como horizonte.

Bienvenido al Plan País.

**PLAN
DEL GASTO
PLAN
AL VALOR
ÍIS**

Las heridas invisibles: desigualdad, frustración y abandono

Capítulo 2. El Estado necesita mirar allí donde ha dejado de mirar

La España rota que no sale en los telediarios

España está herida en muchas más formas de las que los titulares reflejan. No es solo una herida territorial, ni siquiera económica. Es una herida social profunda, extendida como una grieta silenciosa que atraviesa barrios, pueblos, generaciones y esperanzas. Hay una España que no aparece en los telediarios. Una España que no es escándalo ni portada, pero que es vida real. Es la España de la que se fueron todos, la de las aulas con cinco niños, la del consultorio cerrado, la de las persianas bajadas.

Allí donde no llega el foco mediático, donde las cámaras solo aparecen en campaña, es donde se dibuja la verdadera dimensión del abandono. Hay barrios en capitales de provincia donde una mujer tarda tres horas en cruzar la ciudad en transporte público para llegar a su segundo empleo. Hay pueblos enteros donde un niño no puede ir al pediatra porque no hay. Donde un mayor no puede ir al banco porque ya no existe oficina. Donde no hay farmacia, ni bus, ni internet estable. Y, sin embargo, ahí sigue gente. Resistiendo.

La gran trampa es pensar que eso no tiene solución. Que es el precio del progreso. Que no se puede tener todo en todos lados. Pero no hablamos de lujos, hablamos de derechos básicos. ¿Cómo puede considerarse desarrollada una nación en la que tu calidad de vida depende del código postal donde naciste?

Esta España rota no se rompió sola. Se fue deshilachando con cada decisión que priorizó las grandes urbes. Con cada recorte que alejó los servicios. Con cada normativa que se diseñó desde un despacho sin mirar el mapa. Con cada infraestructura prometida que nunca se hizo. Con cada inversión desviada hacia zonas donde sí “compensaba electoralmente”.

Y no solo hablamos del campo. Hay barrios en las afueras de Madrid, Sevilla, Valencia, Zaragoza, donde los jóvenes crecen viendo más miseria que futuro. Donde la única movilidad social posible es irse. Donde el abandono institucional se traduce en frustración, en violencia, en apatía, en precariedad crónica. Y mientras tanto, los discursos siguen girando en torno a conceptos abstractos como PIB, deuda o competitividad.

El país necesita mirar allí donde ha dejado de mirar. No solo por justicia, sino por supervivencia. Porque ningún país puede sostenerse si deja atrás a media población. Porque el abandono no solo duele: se contagia. Porque donde no hay Estado, el miedo se convierte en ley. Y porque recuperar a esa España que no sale en los telediarios es la única manera de reconstruir un país de verdad.

Plan País empieza aquí. Con una declaración: **no hay periferia cuando se habla de dignidad**. Toda persona importa. Toda vida debe poder contar con lo esencial. Y ese es el punto de partida para todo lo que viene.

La desigualdad no es una estadística, es una herida

La desigualdad no es solo una cifra en un gráfico, ni una media abstracta en los informes del INE. La desigualdad, cuando es real, se palpa en la vida cotidiana. Es una experiencia que se sufre, que se transmite, que se hereda. Se cuele en los silencios, en los miedos, en los límites invisibles que separan a quienes pueden imaginar el futuro de quienes solo sobreviven al presente.

La desigualdad no es algo que “pasa en países pobres”. Es algo que sucede aquí. En cada ciudad, en cada comunidad, en cada aula donde un niño no tiene para el almuerzo mientras su compañero estrena mochila nueva. En cada hogar donde se elige entre calefacción o cena caliente. En cada centro de salud donde hay que esperar semanas para una cita porque faltan recursos. En cada familia que vive con ansiedad porque no sabe si podrá pagar el alquiler.

La desigualdad no solo separa a ricos y pobres. Se manifiesta en miles de capas: entre hombres y mujeres, entre lo urbano y lo rural, entre quienes tienen papeles y quienes no, entre jóvenes sin red familiar y adultos con patrimonio heredado. Es una brecha que no deja de ensancharse. Y lo más peligroso es que la hemos normalizado.

Cada vez que un joven renuncia a estudiar por no poder permitirse una carrera, hay desigualdad. Cada vez que una madre deja de trabajar porque no hay guarderías públicas en su zona, hay desigualdad. Cada vez que un anciano se salta una medicación porque no llega a final de mes, hay desigualdad. Cada vez que un trabajador cobra menos que otro por el mismo puesto, simplemente por su origen, hay desigualdad.

Pero lo más perverso de la desigualdad no es solo lo que quita. Es lo que impide. Impide soñar, crecer, confiar. Impide construir comunidad. Impide creer que el esfuerzo tiene sentido. Y cuando eso se pierde, el país entero pierde. Porque sin movilidad social real, sin justicia estructural, sin oportunidades repartidas, la democracia se vacía de contenido.

Durante años se ha intentado maquillar esta realidad con datos agregados, con comparaciones superficiales, con titulares de recuperación económica que no llegan a la gente. Pero ya no basta con estadísticas. Hace falta valentía para reconocer que el sistema actual no está diseñado para cerrar brechas, sino para sostenerlas.

Plan País reconoce esta herida como prioritaria. Por eso no plantea ayudas puntuales, sino una reorganización profunda de cómo se distribuye el poder, la inversión y la presencia del Estado. Porque un país desigual no es solo injusto. Es inviable.

Este bloque no pide compasión. Pide justicia. Porque no se trata de dar más a quienes menos tienen por caridad, sino de construir un país donde todos tengan acceso real a lo básico: salud, educación, vivienda, oportunidades. Solo así seremos una sociedad de verdad. Y no solo un territorio con habitantes que conviven en paralelo, pero no en igualdad.

Abandonados por código postal

En España, el lugar donde naces determina demasiado. Determina tu acceso a la sanidad, a la educación, a un transporte digno, a una vivienda asequible, a oportunidades laborales. Y eso no es solo injusto: es profundamente alarmante. Porque significa que el Estado ha renunciado a su misión más básica, que es garantizar la igualdad de derechos, no importa el código postal.

No es lo mismo nacer en un barrio céntrico de una gran ciudad que en una pedanía de 400 habitantes. No es lo mismo crecer en una zona con colegios trilingües, polideportivos y bibliotecas que en otra donde se cae el techo del aula. No es lo mismo vivir donde hay cuatro hospitales públicos a quince minutos que donde el médico viene una vez por semana y solo si no hay bajas. Y, sin embargo, todos pagamos impuestos. Todos contribuimos. Todos somos ciudadanos.

¿Cómo es posible que se normalice que unas familias tengan acceso a becas, refuerzo escolar, ayudas de comedor, ocio cultural, y otras no tengan ni conexión a internet estable? ¿Cómo es posible que un joven de un pueblo de León o de Cuenca tenga que mudarse a 200 km para estudiar lo que le gusta, mientras otros lo tienen a tres paradas de metro?

Esa España desigual por territorio no es un fallo técnico: es una decisión política. Porque cada vez que se decide centralizar un servicio, cerrar un consultorio, no ampliar una línea de tren, no mantener una carretera secundaria, se está diciendo implícitamente que hay ciudadanos de primera y de segunda. Y eso rompe el país. Lo rompe más que cualquier discurso identitario.

El abandono territorial no solo empobrece a quienes lo sufren. Empobrece al país entero. Porque priva al conjunto de una riqueza enorme: talento local, vida comunitaria, equilibrio ecológico, sostenibilidad productiva. Porque cada vez que un pueblo muere, no desaparece solo una casa: desaparece una historia, una economía, una red humana.

Y lo más trágico es que quienes viven en esos lugares lo saben. Saben que no cuentan. Que no son prioridad. Que su voz apenas se escucha. Y aún así, siguen. Cuidan. Trabajan. Votan. Pagan. Pero también se van apagando. Porque sin Estado, sin oportunidades, sin esperanza, el arraigo se convierte en resignación.

Plan País pone este tema en el centro. Porque reconstruir España exige que ningún territorio se sienta descartado. Exige que vivir en el medio rural o en un barrio periférico no sea sinónimo de menos derechos. Exige que el Estado esté presente allí donde más se le necesita. Y eso no se logra con discursos. Se logra con estructuras.

Este bloque es un llamado claro: **ningún ciudadano debe ser abandonado por su código postal**. Porque si aceptamos eso, estamos aceptando un país roto. Y nosotros queremos uno que se repare, que se reconcilie y que se respete desde todos sus rincones.

El dolor de no llegar a fin de mes

Pocas cosas desgastan tanto como vivir al límite económico cada mes. Pocas cosas rompen tanto la dignidad de una persona como la angustia de no saber si podrá pagar el alquiler, llenar la nevera o comprar los medicamentos de su hijo. Esa tensión constante no se ve, no se mide en el PIB, no sale en los informativos, pero está ahí: en millones de hogares españoles. En cada conversación susurrada entre padres. En cada retraso en el pago de una factura. En cada renuncia silenciosa a una excursión, a un regalo, a una oportunidad.

No llegar a fin de mes no es solo una situación temporal. Es un estado de vida. Es un modo de existencia donde todo se calcula, donde cualquier imprevisto es una amenaza, donde la vida se convierte en una contabilidad de urgencias. Y lo más grave es que no hablamos de personas sin empleo. Hablamos de trabajadores. Hablamos de familias con ingresos, pero con gastos desbordados. Hablamos de una clase trabajadora empobrecida.

El coste de la vida se ha disparado, pero los salarios no han seguido el ritmo. El alquiler devora. La luz agobia. La cesta de la compra asusta. Y la respuesta del sistema ha sido tímida, lenta, mal enfocada. Mientras tanto, las ayudas tardan, los requisitos excluyen, la burocracia agota. Y al final, quien necesita ayuda, muchas veces ni la pide. Porque ya no puede más.

Este dolor económico no es solo individual. Es colectivo. Afecta al ánimo social. Deteriora las relaciones. Aumenta la ansiedad. Disminuye la participación. Provoca una sensación de abandono estructural. Porque cuando uno siente que hace todo bien —trabaja, estudia, cuida— y aún así no le alcanza, se instala una herida profunda: la de sentirse invisible para el sistema.

Y ahí está el gran error de quienes diseñan políticas desde los despachos: pensar que un bono puntual, una medida temporal, un titular bien armado puede calmar una angustia que se arrastra desde hace años. El país no necesita parches. Necesita un rediseño económico que tenga como centro a la persona, no al índice macroeconómico.

Plan País plantea algo claro: **trabajar no puede ser sinónimo de empobrecerse**. Tener un empleo debe garantizar cubrir lo básico, sin angustia permanente. Vivir no puede convertirse en sobrevivir. Y para lograrlo, hacen falta políticas fiscales valientes, inversión real en servicios esenciales, control sobre los precios abusivos y una nueva mirada sobre el salario, el consumo y la redistribución.

Este bloque pone en palabras lo que millones sienten y callan. Porque el dolor de no llegar a fin de mes no es una excepción. Es una realidad estructural que exige una respuesta estructural. Y esa respuesta empieza aquí.

La trampa de la precariedad estructural

España no vive una crisis de empleo, vive una crisis de precariedad. Y esa diferencia es clave. Porque tener trabajo ya no significa tener estabilidad. Ya no significa tener derechos. Ni siquiera garantiza poder vivir con dignidad. La precariedad no es una etapa: se ha convertido en una estructura. Una trampa en la que millones de personas sobreviven sin posibilidades reales de progresar.

Contratos temporales encadenados. Jornadas parciales disfrazadas de empleo. Falsos autónomos. Horarios impredecibles. Sueldos que no cubren los gastos básicos. Condiciones laborales que se negocian desde el miedo. Todo eso es parte de un sistema laboral que ha dejado de proteger al trabajador y ha pasado a exigirle flexibilidad infinita a cambio de casi nada.

Pero no es solo una cuestión de cifras o derechos vulnerados. La precariedad genera un daño profundo en la vida emocional, mental y social de las personas. Impide planificar. Impide tener hijos. Impide pedir una hipoteca. Impide estudiar una oposición. Impide soñar. Y cuando un país no permite a su gente proyectarse hacia el futuro, entra en decadencia.

Lo más preocupante es que esta precariedad se ha extendido incluso a profesiones tradicionalmente estables: sanitarios, educadores, investigadores, trabajadores sociales. Gente cualificada, comprometida, que encadena contratos de meses, que trabaja sin recursos, que no puede formar un proyecto de vida. Y mientras tanto, la narrativa oficial habla de recuperación, de modernización, de oportunidades. ¿Para quién?

La trampa de la precariedad no es solo económica. Es también ideológica. Porque nos han hecho creer que “es lo que hay”. Que la competencia lo exige. Que es el precio de la globalización. Que si no te gusta, hay otros esperando. Y eso no es una ley del mercado: es una renuncia política. Es una forma de organizar el país sin cuidar a quienes lo sostienen.

Plan País plantea romper con esa lógica. Recuperar el trabajo como derecho, como pilar de estabilidad vital. Promover empleos de calidad. Proteger al trabajador frente al abuso. Recompensar el esfuerzo con condiciones dignas. Apostar por sectores estratégicos que no dependan solo del turismo o de servicios mal pagados.

Este bloque desenmascara la gran mentira contemporánea: **que trabajar mucho ya no sirve para salir adelante**. Y esa mentira es la que más daño hace. Porque cuando el mérito no tiene recompensa, cuando la lealtad al sistema no garantiza bienestar, lo que se rompe no es solo el mercado laboral. Lo que se rompe es la confianza social. Y sin confianza, no hay país que aguante.

Juventud frustrada, mayores abandonados

Hay una fractura silenciosa que atraviesa generaciones. Por un lado, una juventud frustrada, hiperformada pero sin espacio. Por otro, unos mayores que lo dieron todo y sienten que el país les ha dado la espalda. Ambas realidades no son opuestas. Son síntomas de un mismo fallo estructural: la incapacidad del Estado para cuidar a quienes más deberían importar.

La juventud en España ha sido estafada con promesas. Se les dijo que si estudiaban, si se esforzaban, si seguían las reglas, encontrarían su lugar. Lo hicieron. Y ahora viven en casa de sus padres, encadenando contratos basura, planteándose emigrar. Muchos no pueden emanciparse, ni formar una familia, ni acceder a una vivienda. Y lo más grave es que han dejado de creer que eso cambiará.

Esta frustración no es una moda ni una exageración. Es un grito silenciado por estadísticas que maquillan el desempleo juvenil, por discursos que los acusan de “comodones”, por instituciones que no los escuchan. Pero son la generación más preparada de la historia. Y están desperdiciando sus mejores años peleando por sobrevivir, en lugar de construir el país que podrían estar liderando.

Y mientras los jóvenes esperan, los mayores se sienten olvidados. Personas que trabajaron toda su vida, que levantaron familias, barrios, empresas, ciudades. Personas que hoy viven con pensiones mínimas, que pasan frío en invierno, que hacen colas eternas en centros de salud desbordados. Personas que muchas veces mueren solas, invisibles para un sistema que ya no tiene tiempo ni recursos para ellas.

El abandono a los mayores es una traición ética. No es solo una mala gestión. Es una muestra de lo mal que hemos entendido el progreso. Porque una sociedad que no cuida a quienes la sostuvieron es una sociedad sin alma. Y una que no escucha a sus jóvenes es una sociedad sin futuro.

Ambos extremos —juventud y vejez— coinciden en lo mismo: **el Estado ha fallado**. Falló en el presente de los jóvenes, y en el descanso merecido de los mayores. Y si eso no nos moviliza, nada lo hará.

Plan País no plantea soluciones parciales. Plantea un pacto generacional estructural. Una reforma profunda que entienda que invertir en jóvenes y proteger a los mayores no es caridad: es construir un país más fuerte, más sabio, más justo.

Este bloque pone en el centro a quienes nunca debieron quedar en los márgenes. Porque el futuro y la memoria de España se encuentran ahí: en sus jóvenes desorientados y en sus mayores invisibilizados. Y si les damos lo que merecen, quizás este país vuelva a tener rumbo.

Discriminación normalizada: la gran vergüenza

España ha avanzado en muchos aspectos, pero hay una verdad incómoda que seguimos sin mirar de frente: la discriminación sigue muy viva. A veces se disfraza de broma, otras de inercia. A veces se esconde en los algoritmos, otras se perpetúa en los despachos. Pero está ahí. En el acceso a la vivienda, al empleo, a la justicia. Y lo más grave: la hemos normalizado.

Hay personas que tienen que esforzarse el doble solo por cómo se apellidan. Mujeres que siguen cobrando menos por el mismo trabajo. Personas con discapacidad a las que se sigue infantilizando o ignorando. Personas racializadas a las que se presupone delincuencia. Mayores a los que se les niega la autonomía. Jóvenes pobres que jamás accederán a una red de contactos influyente. Migrantes que no tienen voz, aunque lleven años levantando este país.

Y todo esto sucede mientras se nos llena la boca de igualdad, de diversidad, de inclusión. Pero las leyes no bastan si la cultura no cambia. Y en España hay una cultura de discriminación silenciosa que se ha vuelto parte del paisaje. Que se tolera. Que no se sanciona. Que no se combate desde lo estructural.

La discriminación no es solo una cuestión de justicia. Es una cuestión de país. Porque cuando dejas fuera del juego a millones de personas por prejuicios, por ignorancia o por comodidad institucional, estás renunciando a una parte inmensa de tu capital humano, social y económico. Estás renunciando a talento, a empatía, a fuerza, a diversidad de pensamiento.

Y eso tiene consecuencias. Las personas discriminadas se desconectan. Se aíslan. Se defienden. Dejan de participar. Dejan de confiar. Y un país donde millones de personas se sienten excluidas no es un país cohesionado. Es un país fracturado.

Plan País no propone más discursos vacíos. Propone medidas reales. Acceso igualitario a oportunidades. Justicia que entienda la discriminación como agravante. Formación institucional obligatoria. Criterios objetivos en el acceso a lo público. Escucha activa a los colectivos silenciados. Y sobre todo: visibilidad.

Este bloque no busca señalar a nadie. Busca romper el silencio cómplice que rodea a la discriminación. Porque no se puede construir un país nuevo si seguimos dejando a muchos fuera del plano. La igualdad no es una palabra bonita. Es un principio irrenunciable. Y si no lo cumplimos, todo lo demás se desmorona.

El fracaso del modelo asistencialista sin alma

España ha invertido miles de millones en ayudas, subsidios, programas sociales y prestaciones. Y sin embargo, la pobreza no ha desaparecido. La desigualdad no se ha reducido. La exclusión se ha cronificado. ¿Por qué? Porque el modelo asistencialista que se ha aplicado durante décadas ha fracasado. No por falta de recursos. Sino por falta de propósito, de dignidad y de visión.

El modelo actual se basa en una relación vertical: el Estado “da”, y el ciudadano “recibe”. Pero esa relación, cuando no va acompañada de una estructura de acompañamiento, de formación, de oportunidades reales, se convierte en una trampa. Una trampa que estigmatiza al beneficiario. Que le impone burocracia humillante. Que le recuerda constantemente que es “dependiente”. Y que, en lugar de liberar, ata.

Las ayudas deben existir, por supuesto. Y deben ser potentes, rápidas y accesibles. Pero deben ir ligadas a un horizonte: al empoderamiento del ciudadano, a su inclusión social y laboral, a su autonomía. De lo contrario, generan lo contrario a lo que prometen: pasividad, frustración, dependencia, exclusión.

Durante años se han aprobado medidas sociales con más interés en el rédito electoral que en el impacto real. Se han creado bonos que duran unos meses. Se han anunciado rentas que no llegan. Se han activado procesos que exigen veinte papeles para obtener veinte euros. Y mientras tanto, quien necesita ayuda sigue sintiéndose solo.

Lo más grave es que este modelo no sólo es ineficaz. Es también injusto. Porque penaliza al que quiere salir adelante. Porque no distingue entre quien cumple y quien no. Porque crea un clima de sospecha en la sociedad: el “los que viven del cuento” frente a “los que sostienen el país”. Y esa división no fortalece la solidaridad. La destruye.

Plan País plantea otra cosa. Un sistema de ayudas con contraprestación útil. Un modelo de inclusión activa. Formación gratuita mientras se recibe la ayuda. Participación en tareas de utilidad pública. Apoyo psicológico. Itinerarios reales de reinserción. Y sobre todo, respeto. Porque el que recibe no es un número. Es un ciudadano en un momento difícil. Y el Estado no debe ser juez. Debe ser acompañante.

Este bloque denuncia un sistema que ha confundido protección con control, ayuda con caridad, inclusión con clientelismo. Pero también abre una puerta: la de un nuevo modelo social donde el objetivo no es solo sostener. Es transformar. Porque un país fuerte no es el que más asiste, sino el que menos necesita asistir. Porque ha sabido incluir, educar, dignificar y confiar.

La fractura emocional del país

Hay una herida que no se mide con datos, pero atraviesa todo: la fractura emocional del país. Una sensación colectiva de desencanto, de desarraigo, de desconfianza. Una especie de tristeza cívica que se ha instalado en millones de personas. No es depresión clínica. Es agotamiento social. Es esa mezcla de rabia y resignación que flota en el aire cuando se habla de política, de futuro, de país.

España ha perdido algo esencial: la conexión emocional entre el ciudadano y el proyecto común. Ya no hay ilusión colectiva. Ya no hay orgullo compartido. Lo que hay es distancia. Entre la gente y sus instituciones. Entre el esfuerzo y la recompensa. Entre lo que se promete y lo que se cumple. Esa distancia emocional ha ido creciendo hasta convertirse en ruptura.

Y esa ruptura no se ve en pancartas, se ve en miradas. En el “yo paso”, en el “esto no va a cambiar”, en el “son todos iguales”. Se ve en la abstención. En el cinismo. En la falta de participación. En la desconexión generalizada de una ciudadanía que, simplemente, ha dejado de creer.

La fractura emocional no es inocua. Tiene consecuencias reales. Porque un país sin vínculo emocional con su gente es un país ingobernable. No importa cuántas leyes se aprueben. No importa cuánto dinero se invierta. Si el ciudadano no confía, no colabora. Si no siente que forma parte del todo, se protege, se aísla, se desconecta.

Durante demasiado tiempo se ha gobernado desde la gestión fría. Desde la técnica sin alma. Desde la estadística sin rostro. Pero las personas no son Excel. Son emociones. Son memorias. Son sueños rotos o por cumplir. Y si el Estado no es capaz de conectar con eso, de ofrecer algo más que trámites y sanciones, nunca será legítimo de verdad.

Plan País entiende esta fractura. Por eso plantea algo más que medidas: plantea un relato nuevo. Un horizonte compartido. Una narrativa que no infantilice, pero que tampoco renuncie a inspirar. Porque la gente no necesita que le prometan milagros. Necesita que le devuelvan el sentido de comunidad, de justicia, de pertenencia.

Este bloque es, quizás, el más importante. Porque detrás de todos los problemas estructurales hay un problema emocional. Y si no se cura eso, ningún plan funcionará del todo. Hay que sanar el vínculo entre el país y su gente. Y eso se hace con hechos, sí. Pero también con verdad, con escucha y con respeto. Y con una visión que diga, de corazón: **esto es por todos y para todos**.

Plan País: el país que no abandona a nadie

Todo lo que has leído hasta aquí tiene un propósito: demostrar que el abandono no es una casualidad, sino una consecuencia. Que el dolor no es individual, sino colectivo. Que las heridas no son invisibles por falta de gravedad, sino por falta de voluntad para mirarlas. Y que un país que se construye sobre esas heridas sin curarlas, está condenado a repetirse. Por eso nace Plan País.

Plan País no es un programa más. Es un pacto ético. Un contrato de dignidad. Una arquitectura emocional, institucional y económica para reconstruir desde lo esencial. Desde la base. Desde el compromiso con una idea tan simple como poderosa: **que nadie vuelva a sentirse abandonado en su propio país**.

Eso significa muchas cosas. Significa que el Estado no podrá desentenderse de ningún rincón del territorio. Que la juventud tendrá por fin una oportunidad real, no un eslogan. Que la vejez dejará de ser sinónimo de soledad o miseria. Que la discapacidad no será una barrera, sino una prioridad compartida. Que la desigualdad no será maquillada, sino combatida. Que los barrios serán lugares de vida digna, no campos de resistencia.

Pero significa también una nueva forma de gobernar. Más cercana. Más coherente. Más responsable. Donde cada decisión esté atravesada por esta pregunta: **¿esto ayuda a no dejar a nadie atrás?** Porque esa debe ser la medida de toda política pública. No cuánto cuesta, sino cuánto transforma. No a cuántos favorece, sino a cuántos incluye.

Este capítulo termina donde empieza el verdadero camino. En la certeza de que España tiene los recursos, la gente, el talento y la historia para ser el mejor país del mundo para vivir, trabajar, criar, envejecer, aprender, emprender y compartir. Solo necesita orden, visión y justicia estructural.

Y sobre todo, necesita un nuevo relato. Uno donde cada ciudadano sepa que importa. Que su voz vale. Que su esfuerzo cuenta. Que el país lo cuida. Porque cuando eso ocurre, todo cambia. La apatía se convierte en participación. La frustración en propuesta. El silencio en acción. Y el abandono en comunidad.

Este es el país que queremos. Un país que no abandona a nadie. Ni por edad. Ni por origen. Ni por renta. Ni por lugar de residencia. Un país donde vivir no sea una lucha constante, sino una posibilidad real de dignidad compartida.

Eso es Plan País. Y eso empieza ahora.

El país que madruga, lucha y paga... pero no puede más

Capítulo 3. Trabajar ya no es una garantía de vivir bien

La España que madruga: esfuerzo sin recompensa

España se levanta temprano. Muy temprano. Cada día, millones de personas salen de casa antes del amanecer para trabajar, cuidar, estudiar, resistir. Son conductores, maestras, panaderos, enfermeras, agricultores, camareras, transportistas, obreros, madres solteras, jóvenes becarios y mayores sin jubilación. Son la base real del país. La que lo mantiene en pie. La que no falla. La que no protesta porque no tiene tiempo. La que lo da todo... y casi nunca recibe lo que merece.

“La España que madruga” no es solo una frase hecha. Es un retrato social. Una identidad colectiva. Una realidad silenciada por la política del espectáculo y la economía del privilegio. Porque mientras ellos madrugan, otros especulan. Mientras ellos producen, otros gestionan mal. Mientras ellos sostienen el sistema, el sistema los deja atrás.

Hay un sentimiento que crece entre quienes se levantan cada día sin faltar: **el de estar perdiendo la vida sin ganarla**. Gente que no se queja, pero empieza a preguntarse para qué sirve tanto esfuerzo si todo sigue igual. Si a final de mes apenas queda nada. Si trabajar, estudiar, ser legal y cumplir las normas ya no garantiza nada.

Este bloque quiere rendir homenaje y lanzar una alerta. Porque cuando los que sostienen el país pierden la fe en el país, se entra en una zona de riesgo. Y esa es la sensación generalizada: frustración estructural. El trabajador se siente solo. El que cumple se siente invisible. El que madruga se siente tonto frente a quienes viven mejor con trampas o privilegios.

Durante décadas se ha dicho que el esfuerzo tiene recompensa. Pero eso ya no es verdad para muchos. Porque el Estado no ha sabido acompañar ese esfuerzo. Porque no ha simplificado la vida del que madruga, sino que se la ha complicado. Con burocracia, con impuestos injustos, con abandono institucional, con servicios que no llegan, con leyes que no protegen.

Plan País parte de aquí: del que se levanta cada día para trabajar, aunque nadie le aplauda. Del que no tiene tiempo para debates ideológicos, pero sí necesita que el país funcione. Del que no quiere favores, solo justicia. Del que no pide privilegios, solo herramientas.

Este capítulo es para ellos. Para todos los que madrugan, no por vocación épica, sino porque saben que si no lo hacen, nadie va a sostenerles. Y es hora de cambiar eso. Porque un país que no cuida a quienes lo levantan cada día, es un país que no se respeta a sí mismo.

Trabajar ya no es garantía de vivir bien. Ni siquiera de vivir con tranquilidad. Muchas de estas personas tienen empleo, pero no tienen descanso. Tienen nómina, pero no tienen margen. Tienen horarios, pero no tienen tiempo para sí mismas. La recompensa prometida por el esfuerzo (estabilidad, futuro, paz) no llega nunca. Solo llega la fatiga, el estrés y la frustración.

Y, sin embargo, no se rinden. Siguen adelante. Porque saben que no tienen alternativa. Porque no creen en el sistema, pero creen en su gente, en su familia, en sus hijos. Porque han sido educados en el valor del trabajo, en la importancia de cumplir. Pero ese valor, en este país, ha dejado de tener retorno.

Durante años se ha hablado del “milagro español”, del “crecimiento”, del “empleo récord”. Pero cuando se pregunta a la gente real, la respuesta es clara: “yo madrugo más que nunca... y vivo peor que antes.” Esa desconexión entre el discurso oficial y la experiencia cotidiana es una bomba de relojería.

Plan País reconoce esta verdad: **el esfuerzo sin recompensa es la gran traición de este modelo de país**. Una traición que desgasta el alma cívica. Que siembra cinismo. Que rompe el contrato emocional entre ciudadano y Estado. Porque el problema no es solo económico. Es moral.

Este bloque inaugura el Capítulo 3 con una certeza: **España no está fallando por falta de esfuerzo ciudadano. Está fallando por desorganización institucional, por injusticia fiscal, por ceguera política**. Y eso tiene solución. Pero solo si el país se reorganiza pensando, por fin, en los que madrugan, en los que pagan, en los que no fallan. Plan País es para ellos. Y por ellos. Porque si no recompensamos a quien lo da todo, ¿qué país estamos construyendo?

Pagarlo todo y recibir migajas

En España, millones de personas cumplen. Pagan impuestos. Facturan. Declaran. No esconden. No defraudan. No se escaquean. Contribuyen al sistema confiando, aún con dudas, en que algún día ese sistema les devolverá algo. Pero lo que reciben es mínimo. O tarde. O mal. O nada. Y la sensación se extiende como una sombra amarga: **aquí el que cumple, pierde**.

No se trata de ideología. Se trata de una percepción cada vez más real: los que más aportan, muchas veces reciben lo mismo —o incluso menos— que quienes no aportan nada. Y no porque se busque justicia social, sino porque se ha instalado un sistema desordenado, injusto y desmotivador. Uno en el que darlo todo no significa recibir lo justo.

El autónomo paga su cuota incluso si no factura. El trabajador declara cada euro mientras grandes fortunas encuentran atajos fiscales. La pyme paga el IVA aunque no haya cobrado la factura. Y a cambio, ¿qué recibe? Trámites interminables, inspecciones asimétricas, ayudas que no llegan, leyes que cambian sin aviso y una sospecha permanente por parte de la administración.

Y sin embargo, se mantiene. Porque en este país hay una mayoría silenciosa que cree en el bien común. Que no quiere privilegios, sino equilibrio. Que entiende que pagar impuestos es justo... siempre que lo recaudado se use bien. Pero ahí está el problema: **no se usa bien**.

Hospitales sin médicos, escuelas sin refuerzo, carreteras sin mantenimiento, trenes que no llegan, servicios que se apagan. ¿Dónde va todo ese dinero? ¿Por qué tantos pagan tanto... para recibir tan poco? ¿Cómo se explica que el Estado no pueda garantizar ni lo básico, mientras se multiplican asesores, estructuras duplicadas y gastos innecesarios?

La percepción de injusticia no solo genera enfado. Genera desconexión. Porque cuando el ciudadano siente que el contrato fiscal es unilateral —yo pago, tú desaprovechas—, empieza a cuestionarlo todo. Y cuando eso ocurre, la legalidad pierde valor, la desafección crece y la picaresca encuentra su excusa.

Plan País entiende que la solución no es bajar impuestos a lo loco, ni subirlos sin control. Es **usar bien lo que ya se recauda**. Es reorganizar el Estado para que funcione. Es garantizar que cada euro público se traduzca en un servicio útil. Es recompensar al que cumple, no sospechar de él.

Este bloque no se escribe contra nadie. Se escribe a favor del ciudadano que hace las cosas bien. Que sostiene al país con su trabajo, su dinero y su confianza. Y que ya no puede más con este desequilibrio. Porque pagar no debería doler. Debería servir. Y hoy, en demasiados casos, no sirve para nada.

Autónomos, la gran injusticia estructural

Ser autónomo en España no es emprender. Es resistir. Es asumir que el sistema está diseñado para ponerte trabas desde el primer día. Es entender que no importa cuánto te esfuerces, cuántas horas trabajes, cuántas facturas emitas: siempre pagarás. Incluso si no ganas nada. Incluso si estás de baja. Incluso si te hundes. El autónomo en este país no tiene red. Tiene obstáculos.